

Editorial Trilce

Antigua Modernidad y Memoria del Presente

CULTURAS URBANAS E IDENTIDAD

Ton Salman y Eduardo Kingman
EDITORES

© 1999, FLACSO, Sede Ecuador

Paez 118 y Patria, Quito - Ecuador

Telf.: (593-2) 232030

Fax: (593-2) 566139

E-mail: fcarrion@hoy.net

Registro derecho autoral: 012697

ISBN - 9978-67-046-7

Editores: Eduardo Kingman y Ton Salman

Edición: Alicia Torres

Diseño y diagramación: Rispergraf

Diseño de portada: Antonio Mena

Impreso en: Rispergraf

Quito, Ecuador, 1999

INDICE GENERAL

Presentación	9
--------------	---

PARTE I: ENFOQUES GENERALES

Introducción	
Las culturas urbanas en América Latina y los Andes: lo culto y lo popular, lo local y lo global, lo híbrido y lo mestizo. <i>Eduardo Kingman Garcés, Ton Salman y Anke Van Dam</i>	19
Aplausos después del desfile: el estudio de organizaciones y movimientos sociales después de la euforia <i>Ton Salman</i>	55

PARTE II: GENERO Y CIUDAD

Sobre machos, adúlteras y caballeros <i>Ana María Goetschel</i>	73
El encuentro entre ONG y pobladoras: Las organizaciones de mujeres en Santiago de Chile <i>Anke van Dam</i>	85
Masculinidades y cultura popular en Guayaquil <i>Xavier Andrade</i>	101
Diversidad y Esencialismo, ¿términos contradictorios? La sexualidad masculina en Lima, Perú. <i>Lorraine Nencel</i>	125

PARTE III: CULTURA, POLITICA URBANA

Estudiar movimientos sociales urbanos: entre la teoría y la comprensión <i>Alvaro Sáenz Andrade</i>	147
La violencia urbana y sus nuevos escenarios <i>Fernando Carrión M.</i>	153
Prácticas cotidianas de resistencia <i>Gerrit Burgwal</i>	165

Continuidad histórica de la acción colectiva de los pobladores chilenos: Redes sociales e interacción estratégica. <i>Vicente Espinoza</i>	189
El Camal y los asuntos de raza y clase <i>Wendy A. Weiss</i>	219
Cultura que carga: Reflexiones sobre lo cultural en el análisis de las organizaciones y movimientos sociales en América Latina <i>Ton Salman</i>	237
PARTE IV: VIDA COTIDIANA	
Cartografías del pasado, ciudades del presente: prácticas populares en las ciudades del Altiplano Cundiboyacense (Andes orientales colombianos) <i>Adrián Eduardo Serna Dimas</i>	257
De la antigua caridad a la verdadera beneficencia: formas históricas de representación de la pobreza <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	281
“Que me perdonen las dos”: el mundo de la canción rocolera <i>Hernán Ibarra</i>	311
Segregación espacial y espacio simbólico: un estudio de caso en Quito <i>Marcelo Naranjo</i>	327
La propiedad, un sueño realizado: relato oral de los pobladores de La Argelia <i>Santiago Ortiz y Elvira Martínez</i>	337
La cultura del conventillo: el desarrollo humano en el casco central de La Paz <i>Paul van Lindert</i>	353
Colaboradores	369

Aplausos después del desfile: el estudio de organizaciones y movimientos sociales después de la euforia¹

Ton Salman

Introducción

En los últimos años se ha desarrollado una amplia gama de enfoques y conceptos de interpretación de las organizaciones y movimientos sociales en América Latina, que ha tratado de explicar la base supuestamente pluriclasista del fenómeno, de dilucidar las nuevas formas de organización y acción; de interpretar el potencial y las perspectivas del problema; y finalmente, en algunos casos, ha tratado de explicar porqué no se cumplieron las grandes expectativas. Pero aún no existe el marco teórico que pueda sintetizar todas estas interpretaciones y acentos. Se puede, entonces, reflexionar sobre estudios y teorías, sobre organizaciones y movimientos sociales desde distintos enfoques y ángulos. En este ensayo quiero, tomando como puntos de partida un enfoque cronológico y un enfoque sistemático, considerar algunas tradiciones y algunas líneas de investigación en torno a organizaciones y movimientos sociales en América Latina, con el propósito de mostrar las consecuencias en términos de lo que suelen exponer u omitir. No es propósito de este ensayo abogar por el uno o por el otro enfoque; más bien, espero contribuir a una mejor comprensión sobre los 'lados fuertes' y los 'lados débiles' de algunas de estas aproximaciones, así como espero probar la necesidad de estudiar organizaciones y movimientos sociales en toda su complejidad y diferenciación. Esta aproximación diferenciada es indispensable porque es preciso conocer no solamente los cambios que producen o que esperamos que puedan producir dichos movimientos sociales, sino también entender los cambios que final-

¹ Agradezco a Alvaro Sáenz, Gerrit Burgwal, Santiago Ortiz, Eduardo Kingman, Felipe Burbano, Hernán Ibarra y Rafael Polo por sus comentarios y sugerencias. Por la formulación de propuestas conceptuales debo mucho a una serie de conversaciones en Amsterdam en el año 1996 con Rowan Ireland. También agradezco al Fondo para la Promoción de Estudios 'Tropicales' (WO-TRO) en La Haya, por facilitar la investigación de la cual este ensayo es una parte.

mente no se logran y de este modo, integrar y asumir tales 'fracasos' como parte de su existencia.

El enfoque cronológico

Se pueden revisar las teorías sobre organizaciones y movimientos sociales cronológicamente, o sea en términos de su desarrollo en el tiempo y; sistemáticamente, es decir, dentro del espectro de estrategias de investigación que sirven para evidenciar las características de los distintos enfoques.

Cronológicamente se pueden distinguir, a grosso modo, tres etapas desde los años 70 hasta la actualidad: 1) la etapa ortodoxa, 2) la etapa eufórica, y 3) la etapa de asimilar la desilusión. En la primera etapa se puede distinguir un tipo de análisis de fuerte influencia marxista, específicamente del marxismo estructuralista; en la segunda etapa, los estudios se liberan de esta herencia y se convierten en análisis que ya no pecan de las limitaciones de este tipo de marco teórico. En la primera etapa, las organizaciones y movimientos urbanos se explican con referencia a las 'contradicciones urbanas' y este concepto se operacionalizó mediante el término 'consumo colectivo', o *collective consumption*. El término 'contradicciones urbanas' refleja los estilos del pensar marxista y se usa para vincular las contradicciones entre trabajo y capital con las manifestaciones de éstas a nivel de la ciudad. Más específicamente, se tiende a vincular la emergencia de nuevas formas de asociación urbana con el capitalismo periférico. Este capitalismo periférico tuvo como consecuencia que en América Latina no se formara una clase obrera homogénea, sino una estructura de clase 'heterogénea'. El lugar de vivienda, mas no el de trabajo, se convierte, bajo estas circunstancias, en el locus de acción colectiva. La 'heterogeneidad estructural' entonces, no solamente es campo fértil para el surgimiento de sistemas populistas en América Latina, sino que también sirve para el análisis de nuevas formas organizativas: dirigidas hacia el Estado antes que a los empresarios. Concretamente, a nivel del 'consumo colectivo' se evidencia esta estructura de una 'conciencia popular' sobre una 'conciencia de clase': el Estado era incapaz de garantizar la reproducción de la clase pobre por falta de recursos para dotar de los servicios urbanos. Por eso, no la 'identidad colectiva obrerista' sino la 'identidad colectiva popular' –que es necesariamente mucho más heterogénea– es la base, tanto para la acción colectiva como para las estrategias electorales.

Sin embargo, gradualmente se revelan contradicciones al interior de los movimientos y se evidencia que las estructuras no actúan. Entonces, surgen hipótesis que tratan de integrar lo 'extra-económico' o lo 'extra-clasista' en el viejo marco de 'contradicciones entre capital y trabajo' (ver Villasante 1994: 28). De esta

manera, los conflictos concretos sobre tierra y servicios se relacionan con estructuras societarias, como por ejemplo el sistema de propiedad privada y la 'anarquía' del modelo de producción capitalista en condiciones 'dependentistas' (Castells 1974; Lojkin 1981; Borja 1975).

Pero esta interpretación tampoco funciona; para muchos, es un tipo de análisis 'sobre-determinado' donde no 'calzan' muchas cosas, como por ejemplo, las luchas para reconquistar la democracia en América Latina y las acciones de grupos específicos como las mujeres; así, el postulado sobre el rol clave de 'clase' (o 'clase popular') en América Latina resulta problemático. Surgen nuevos cuestionamientos, como la creciente preocupación por una verdadera participación en sistemas formalmente democráticos pero en la práctica muy excluyentes y la ausencia en este tipo de análisis de los actores, con sus historias y culturas. Estos nuevos temas cuestionan la validez de un esquema marxista o proto-marxista para interpretar los movimientos en las ciudades de América Latina.

El investigador que encarna mejor que nadie este desarrollo es, tal vez, Manuel Castells. En sus libros de los años 70 hace hincapié en la necesidad de que organizaciones y movimientos urbanos se vinculen con el conflicto de fondo: capital versus trabajo; plantea la necesidad de que organizaciones territoriales se unan con organizaciones de obreros y partidos socialistas: solamente ellos representan la opción de un cambio de fondo.

En los años 80, cambia de perspectiva enfatizando que este tipo de análisis es reduccionista: faltan los actores y tienen demasiado peso las estructuras; reconoce que el análisis marxista no puede explicar la diversidad ni la especificidad de las acciones colectivas urbanas en América Latina (Castells 1974, 1983, 1985). Los análisis sobre movimientos sociales que aparecen a partir de los años 80, no solamente se independizan de 'la clase' y se convierten en un objeto de estudio como tal, sino que también obtienen un rol para sí, un papel propio en el campo de los cambios sociales; papel que significa la entrada en la segunda etapa, la etapa de las grandes expectativas.

En esta fase, los análisis tienden a alejarse de la institucionalidad y de las estructuras políticas y prevalece un acento en la 'identidad', concentrándose en el actor antes que en la estructura. Esta tendencia fue más clara en situaciones de dictadura. En consecuencia, se estima que los movimientos sociales urbanos no solamente eran una alternativa temporal (durante la dictadura) a los vedados mecanismos de representación y para la eliminada estructura política de partidos políticos, sino que también los movimientos sociales urbanos jugarían un importante papel en la reconquista de la democracia y contribuirían a la creación de un nuevo modelo, de una nueva filosofía democrática. Las palabras clave eran 'participación', 'democracia de base', 'autonomía', 'cambio de cultura,' 'política', 'transparencia', 'pequeña escala', 'comunidad', y 'basista'; palabras no solamen-

te importantes en el campo de las acciones propias de las organizaciones y movimientos, sino también en el campo de la institucionalidad política. Los movimientos sociales urbanos fueron percibidos como un nuevo modelo, una alternativa para estados populistas, jerárquicos, cupularistas y para modelos de partidos políticos verticalistas.

Como consecuencia y operacionalizando estas pautas, crece una tendencia a autonomizar a los movimientos sociales en el sentido de que se consideran como los anti-polos de todo lo estatal, e incluso de todo lo 'institucionalizado'; eran algo completamente nuevo, que se estaba desarrollando paralelamente a las viejas estructuras, sin tener vínculo alguno con ellas; y una tendencia a absolutizarlos partiendo del concepto de que a los movimientos sociales les corresponde llevar a cabo *todos* los cambios sociales que antiguamente pesaban en los hombros de la clase obrera, y de que, los movimientos sociales eran considerados como prácticamente el único –y garantizado– vehículo de emancipación social.

Otro efecto de este enfoque 'sociocultural' fue aislar y separar los *nuevos* movimientos sociales de todos los anteriores.

Abundan los análisis que enfatizan en la sociedad civil como el ambiente natural para los movimientos sociales y aunque muchas veces no faltan alusiones a cambios radicales y estructurales, incluso en torno al Estado, los medios y fases por los cuales este cambio se produciría, fueron muy indefinidos. La relación con 'lo institucional' está ausente, e incluso 'lo institucional' es considerado como el antipolo de las organizaciones y movimientos.

La crítica no tardó. Según Cardoso (1981) parece ser que la meta era independizar y desvincular la sociedad civil del Estado. Pero, argumenta él, el asunto más bien debería ser el control democrático sobre el Estado. El énfasis exclusivo en lo sociocultural, no solamente no correspondía a la realidad, sino que además conduciría a la impotencia de los llamados nuevos movimientos sociales. El tipo de análisis 'en vogue' deja a los (nuevos) movimientos sociales en una 'hornacina', desconectados de todo lo que desde la perspectiva de la construcción de una nueva identidad, parece lo 'sucio' y 'contaminado' de la sociedad existente.

Después vino la desilusión: la tercera fase. En lugares donde se reconquistó la democracia, no llegó algo nuevo sino que volvió la *vieja* democracia por medio de los viejos partidos, el viejo verticalismo, a veces el viejo clientelismo y *sin* mayor participación de las bases. Una primera indicación de que el enfoque 'puro' en lo sociocultural no estaba preparado para indicar cómo algo nuevo a nivel de identidades se traduciría en algo nuevo a nivel institucional.

No cabe duda que el regreso a democracias meramente formales, incumpliendo las expectativas más exaltadas, tenía que ver con las circunstancias en que volvió esta democracia: muchas veces manejada 'institucionalmente', negociada con los militares y sin entrada para las organizaciones y movimientos de ba-

se. Sin embargo, no se puede culpar totalmente a las viejas cúpulas y estructuras, hubo también algo que se debería llamar 'incapacidad desde abajo'.

En aquellos casos donde la reconquista de la democracia no era el objetivo sino que se trataron de esfuerzos por democratizar el país y dejar atrás viejos patrones de no-transparencia política, de sistemas clientelares y de participación ciudadana reprimida, los resultados fueron decepcionantes. La fuerza 'propositiva' de las nuevas organizaciones y movimientos sociales resultó estar sobredimensionada –y fueron los profesionales, las ONGs, los observadores, educadores y dirigentes quienes vivieron el mayor desencanto, más que los propios participantes.

En esta época cuando se evidencia que ni las organizaciones de base urbana ni los demás nuevos movimientos sociales iban, o por lo menos no tan rápidamente, a 'reparcelar' el paisaje político y social de los países latinoamericanos, cambian también los parámetros de las investigaciones. El tema de la formación y del desarrollo de organizaciones y movimientos sociales resulta mucho más complejo que solamente una cuestión de un conjunto de factores estructurales, o una cuestión de participación y 'aprendizaje de auto-estima'. Además, la idea de un nuevo modelo de organización –e incluso de orden societario– fuera de lo estatal e institucional resulta bastante problemática (Roberts 1995: 198). Varios autores demuestran que no fue 'en contra' y aparte del Estado, sino muchas veces en un estrecho intercambio con éste, que se desarrollan los movimientos sociales urbanos. Otro argumento importante cuestiona la supuesta autonomía: si no es el Estado, entonces la Iglesia, u ONGs, o partidos políticos quienes influyen fuertemente en el desarrollo de los movimientos sociales.

En esta época se inicia la publicación con mayor frecuencia de relatos sobre organizaciones y movimientos sociales de corte más etnográfico, los mismos que siempre existieron pero que habían pasado desapercibidos debido a la preocupación por las grandes expectativas sociopolíticas. Estos trabajos con más peso de material sobre 'la vida cotidiana' de las organizaciones y movimientos, a menudo ilustraron que los esquemas sobre anti-institucionalismo, contra-cultura, similares en su desconexión con entes estatales, y sobre la creación de algo *sui géneris* no se cumplieron (ver por ejemplo Starn 1992 y Vélez Ibañez 1991).

El desarrollo de visiones sobre movimientos sociales en Chile

Para ejemplificar este cambio de enfoques en torno al estudio de movimientos sociales urbanos, sirven los acontecimientos en Chile, durante y después de la dictadura.

A fines de los años setenta y principios de los 80, se da en Chile una verdadera euforia en torno a las organizaciones urbanas informales, la misma que esti-

mula a investigadores, colaboradores de ONGs y dirigentes, a concebir a estas organizaciones como la cuna de un nuevo estilo de hacer política, de participación y la supresión de la vieja manera 'cupularista' de relaciones entre los partidos políticos y organizaciones sociales. Sin embargo, en el transcurso del tiempo y sobre todo cuando la ola de protestas de los años 1983 y 1984 no da como resultado el regreso a una democracia 'nueva', esta euforia muere. A partir de entonces se desarrollan dos 'nuevas' corrientes, o tal vez tres, en la interpretación y evaluación de las vicisitudes de las organizaciones y movimientos sociales durante y después de los años de la dictadura.

En primer lugar se desarrolla la vertiente 'institucionalista'. Su análisis considera que se habían sobreestimado las potencias 'desde abajo' y que por razones estructurales, históricas y de impotencia 'popular', no se podía construir una 'nueva democracia' modelada según las pautas de las nuevas organizaciones autónomas y autogestionarias. Según esta vertiente, el potencial de cambio 'desde abajo' era bastante limitado y no existía otro camino que tratar de mejorar la situación de los pobres en América Latina desde arriba: solamente el Estado, con políticas sociales y económicas determinadas, sería capaz de cambiar las cosas (Tironi 1987). Todos los sueños en torno al basismo fueron, según ellos, inmaduros. En este discurso 'institucionalista', como se puede imaginar, cambia el sentido de casi todos los términos claves del paradigma 'eufórico' anterior. El tema de la participación, por ejemplo, se convierte virtualmente en algo meramente formal y significa más bien, la participación regulada para tener un interlocutor que maneje los proyectos sociales desde arriba, antes que un rol protagónico de los actores en las organizaciones y movimientos sociales. Según esta vertiente, el 'estatismo' sigue siendo, a pesar de las experiencias innovadoras en las organizaciones durante la dictadura, el rasgo dominante en las imágenes de los pobladores con relación a la movilidad social.

En segundo lugar se desarrolla la corriente que, de acuerdo a la perspectiva, se puede denominar 'escapista' o 'culturalista'. Esta plantea que la posibilidad de cambio de los movimientos sociales no es política e institucional, sino cultural y 'micro': los cambios que se habían producido y que se estaban produciendo se ubican sobre todo en el aspecto sociocultural: relaciones de género, autoestima, auto-ayuda, autonomía, creación y reforzamiento de identidad, etc. son conceptos claves de su discurso (ver Friedman 1989). Por tanto, para esta tendencia, no es sorprendente que las experiencias organizativas no se tradujeran en cambios políticos; lo sustancial de los procesos de aprendizaje en cuestión no es su *directa* traducción en fuerzas protagónicas políticas, sino sus efectos en el nivel socio-cultural.

En tercer lugar, sin entrar en una discusión más amplia, están 'los enojados', quienes acusan a los políticos, a las instituciones, a los militares, a 'los de arriba',

a las cúpulas, de haber impedido la realización de la promesa basista y de haber dirigido una maniobra orquestada para bloquear la realización de una democratización de verdad. Los políticos, según los representantes de esta idea, habían armado un engaño, un truco para mantenerse en el poder.

Las tres tendencias fueron ensayos para explicar, racionalizar o excusar el incumplimiento de las grandes expectativas. Pero, ¿ofrecen respuestas a la necesidad de entender a fondo el por qué los resultados del *performance* de las organizaciones no fueron satisfactorios?. Otras preguntas pertinente son: ¿Estas corrientes dejan en claro para quienes no fueron satisfactorias las actuaciones de las organizaciones y de los movimientos?. ¿Ayudan estas proposiciones de interpretación a entender las expectativas de la gente 'común y corriente' que participó en estas organizaciones? Queda claro que los enfoques desarrollados hasta aquí dejan inatendidas muchas dimensiones de la emergencia y vicisitudes de las (nuevas) organizaciones y movimientos.

No obstante, todas las líneas interpretativas esbozadas ilustran ciertas facetas importantes. Efectivamente, se sobreestimó la fuerza 'desde abajo'; así como es cierto que los cambios ocurridos afectaron el campo de la vida cotidiana, la cultura diaria y que éstos no se traducen fácilmente en el sistema y la cultura política. También es indiscutible que, sobre todo en los casos de transición democrática, ésta fue manipulada y se negociaron los términos del cambio entre las autoridades nuevas y cesantes, dejando de lado a los movimientos sociales. Y sin duda este fue el caso, en buen grado, de Chile.

Por otra parte, las tres vertientes que se desarrollaron en Chile, adolecen de graves deficiencias. Por ejemplo, ninguna puede presentar un concepto claro sobre *procesos* de cambio tomando en cuenta las acciones y experiencias de los movimientos sociales. Todas suelen enfocarse en cambios consumados o proyectados y no distinguen entre 'ondas largas' y 'ondas cortas' (Villasante 1994: 31). Suena prometedor y fructífero el análisis de los 'culturalistas', pero al analizar a fondo sus interpretaciones, lo que se advierte es una dicotomía y no un análisis de procesos: se dicotomiza entre 'la sociedad en grande' (neoliberal, anónimo, atomizándose, individualizándose, globalizándose), y lo que se desarrolla 'desde abajo': solidaridad versus egoísmo, horizontalismo versus verticalismo, participación versus exclusión, etcétera. Y como consecuencia, no se obtiene un análisis 'fuerte' de los procesos que tienen lugar a través de la participación en organizaciones y movimientos sociales urbanos. Y este, a mi juicio, es el gran hiato en las interpretaciones discutidas: sus conceptos de cambio, como resultado político de las acciones de los nuevos movimientos sociales, no incluyen herramientas más precisas para entender los procesos a niveles más individuales, más de 'procesos de aprendizaje', más culturales. No se vincula la cultura barrial, en toda su heterogeneidad, ni la vida diaria de la gente que supuestamente soporta la

movilización, con el acto de participar en una determinada acción colectiva (ver Villasante 1994: 29).

En esta fase de desilusión de las grandes promesas de los movimientos sociales, dejar de estudiar las organizaciones y movimientos sociales en América Latina, tanto por razones políticas como también por razones científicas, estimo una opción incorrecta. Muchos investigadores han dejado el tema por aquello que está 'de moda'. Por el contrario, las investigaciones tendrían que indagar sobre instrumentos teóricos más finos y diferenciados para entender el alcance, las limitaciones y la dinámica de las organizaciones, movimientos urbanos y de la gente que participa en ellos. Estas herramientas son aún más necesarias cuando las ilusiones sobre triunfos fáciles se han evaporado.

La reconstrucción sistemática de los enfoques en el estudio de movimientos sociales

Antes de iniciar el desafío de precisar algunas consideraciones en torno a la necesidad de generar herramientas y entradas diversas al tema, es oportuno prestar atención a la reconstrucción sistemática de estudios de movimientos sociales. En la tradición de estudios sobre movimientos sociales se puede distinguir a los viejos adversarios en sociología: el estructuralismo y el interaccionismo que en este contexto toman una forma distinta: la confrontación entre el enfoque de identidad y el enfoque de estrategia (Cohen 1988, Cohen & Arato 1992), los mismos que a su vez, marchaban en forma paralela con dos teorías específicas sobre acción colectiva y sobre los llamados nuevos movimientos sociales: la 'teoría de los nuevos movimientos sociales', y la 'teoría de movilización de recursos' (Foweraker 1995; Escobar 1992).

La aproximación estructuralista se vinculó con la llamada 'teoría de nuevos movimientos sociales', oriunda de Europa. Según el estructuralismo, los cambios sociales y culturales (estos teóricos estaban pensando más que nada en las sociedades occidentales!) explican el surgimiento de los nuevos movimientos sociales porque los conflictos sobre bienes materiales habían prácticamente desaparecido; por el cambio en la composición de las clases sociales (la clase media se había incrementado y contaba con excelente educación y trabajo); por la crisis del Estado; y por los problemas generales que no eran específicos para un determinado sector social, sino que afectaban a toda la humanidad: ahora los conflictos se daban por temas post-materiales, sobre valores morales, sobre profundización de la democracia y contra la burocracia anónima cada vez más poderosa y tecnocratizada. Y, ahora se combatía con métodos de acción y modelos de organización nuevos: ya no partidista, ni clasista como tampoco verticalista ni institucionaliza-

da; sino informal, democracia de base, y con una expresividad que era parte del mensaje: nuevas formas de acción, nuevas formas de organización (Offe 1985; Eder 1985; Melucci 1985).

Este tipo de teorización, por un lado, influye mucho en el análisis de movimientos sociales en América Latina, mientras que por otro, progresivamente se clarifica que ésta no 'calza' (ver León 1997: 32-33). En su aplicación en América Latina, esta interpretación asume una postura menos estructuralista y marcada por el enfoque en 'identidad' (ver Evers 1985); pero aún así, la aplicación de los postulados de esta teoría no fue tarea fácil. Por un lado, las nuevas organizaciones y movimientos sociales urbanos en América Latina sí tenían un componente clasista, o por lo menos involucraban a capas o sectores sociales específicos, mientras que la prelación de la teorización partía de que la 'base' era pluriclasista. Además, las reivindicaciones sí fueron, muchas veces, materiales. Y, el Estado jugaba un papel completamente diferente al que jugaba en Europa: a veces clientelar, otras marcado por la incapacidad de permitir la participación y/o entregar servicios, y otras represiva. En muchos casos, además, el Estado fue un interlocutor crucial para los movimientos sociales. Por tanto, mantener que los movimientos sociales tenían su terreno de acción exclusivamente en la sociedad civil no se sostenía y más bien parecía que la relación entre Estado y sociedad civil estaba en juego y no se trataba de una relación de exclusión mutua.

Más aún, un análisis que se enfoca en las cambiantes estructuras sociales para explicar el surgimiento de nuevos modelos de organización, no está bien equipado para entender la dinámica misma de su formación y creación, para descifrar interacciones, o para comprender motivaciones y tomar en cuenta la dimensión subjetiva a nivel más micro. Aunque este problema, en parte, lo responde el enfoque en (el reforzamiento de) identidad, nunca se resolvió la cuestión de vincular la dimensión estructural de la desigualdad de las sociedades latinoamericanas y la dimensión de la producción de nuevas identidades. Por lo tanto, progresivamente se comprobó que un análisis estructuralista no sirve para explicar el dinamismo de las nuevas formas de asociación y organización en América Latina.

Un método para el estudio de la acción colectiva, mucho más ágil en analizar dinámicas e interacciones, es el Resource Mobilization Approach, originario de Estados Unidos (Tilly 1985; McAdam, McCarthy & Zald 1988; McAdam 1996). Tomando como punto de partida los recursos disponibles para los distintos bandos en conflicto, se realizan análisis sobre cómo los conflictos se desarrollan, considerando los recursos (de distintas índoles), las estrategias, las alianzas y el curso concreto de los acontecimientos. El análisis sobre cómo se desarrollan los conflictos entre 'establecidos', instituciones y 'desafiadores' tiende a cubrir los hiatos que deja la 'teoría de los nuevos movimientos sociales'. Sin embargo, este método presenta algunas debilidades.

Esta escuela no ofrece elementos para explicar la especificidad de nuevas formas de organización y acción como tampoco para precisar la dimensión de lo cultural. Además, no distingue entre movilizaciones ‘de protesta’, y movilizaciones que desarrollan una ‘propuesta’, una proyección de futuro. El enfoque en lo ‘estratégico’ se transforma en su talón de Aquiles: la debilidad al ilustrar la magnitud de la cohesión social, la ‘tela de fondo social y cultural’ de las movilizaciones (Cohen & Arato 1992: 492-563). Además, deja muchos vacíos en el estudio de los cambios culturales y de los procesos de aprendizaje colectivo de acumulación de memorias (Salman 1990: 139).

Hacia una aproximación multidimensional

Más allá de los problemas señalados en las aproximaciones ‘estratégicas’ y de ‘identidad’, emerge un problema más de índole empírico-histórico. Los movimientos sociales en América Latina, en lugar de desarrollarse en el ámbito de la sociedad civil, problematizando identidades y exclusiones y buscando representatividad y visibilidad de sectores y valores vinculados con diferencias en términos de género, de etnicidad, de preferencia sexual, y de ‘estilos de vida’, suelen pre-politizarse, es decir: suelen “proyectar su acción exclusivamente sobre el Estado” (Burbano 1997: 47; ver León 1997). En contradicción con lo que enfatiza el enfoque de identidad, los movimientos sociales, por el mismo hecho de la debilidad de la sociedad civil, suelen concentrar sus esfuerzos en ensayos para ocupar pequeños espacios estatales, para lograr innovaciones legislativas. La falta de confianza en el poder de la sociedad civil, de multiplicar “las voces en el campo de la política, llevaría la impronta de un cuestionamiento a la exclusividad del discurso partidista como elemento configurador de las identidades, de los sujetos políticos y de sus demandas” (Burbano: idem), y el no poder imaginar relaciones complementarias entre lo político y la sociedad civil, lleva, paradójicamente, a una estigmatización de lo político y ésta a una negligencia del ‘trabajo de identidades’ y a una fijación exclusiva en el ‘trabajo político’. Así queda aún más clara la imposibilidad del enfoque sobre identidades, dado que, en primer lugar, ya no se puede conceptualizar la necesaria democratización del Estado desde una sociedad civil fuerte, asertiva, crítica y diversa y; en segundo lugar, no se puede rendir cuentas sobre el fuerte estatismo de los movimientos sociales contemporáneos en América Latina. Pero a la vez quedan expuestas las limitaciones de un enfoque estratégico. Este no puede tematizar sobre la necesidad de los movimientos sociales de tener su base y su universo de despliegue y expresión en la sociedad civil. Tiende a ignorar que los movimientos sociales no solamente necesitan desarrollar una ‘política de presión para la reforma’, sino que únicamente pueden

hacerlo en base a una 'política de influencia en lo público' y el *life world* (Cohen & Arato 1992: 548-556).

Por tanto, lo que se necesita no es elegir entre 'identidad' y 'estrategia', o 'cultura' versus 'conflicto' sino entender 'identidad en conflicto'; se necesita, además, no únicamente entender 'lo estable' o 'lo estructural' versus 'lo dinámico' o 'lo interaccional', sino también lo 'lento', encarnado en cultura. De esta manera se puede aclarar cómo 'cultura' y condiciones externas se traducen en rutinas, en 'petrificaciones', y cómo a la vez tienen lugar cambios en estas dimensiones 'díscolas', y más allá de las decisiones tomadas calculadamente. Más allá de los enfoques estructurales e interaccionales, lo que se pretende es comprender cómo las 'lógicas' y estrategias cotidianas de las personas influyen en cómo perciben, interpretan e internalizan las lógicas de los discursos sobre y dentro de las organizaciones y movimientos sociales. Con un enfoque complementario de esta índole se puede, tal vez, entender mejor porqué los procesos de aprendizaje que aparentemente se realizan dentro de la participación organizativa, no son tan unívocos y unilineales como parecen a primera vista. Los procesos de cambio se explican no solamente por lo estructural ni solamente por lo dinámico, sino por 'lo lento'. Para cerciorarnos de ello, se necesita dar un lugar más sistemático a estudios etnográficos, dentro de los marcos conceptuales que se basan en la interacción y en la estrategia, o en la estructura y en los cambios de identidades. No solamente es cuestión de añadir *otro* enfoque, sino de articulación entre los distintos enfoques entre sí.

Por lo tanto, en lugar de nuevas definiciones, se necesitan nuevas aproximaciones complementarias para estudiar dimensiones concretas de la formación y del desarrollo de los movimientos sociales, sin pretensiones de que sean completas o de agotar el tema; pero sí con la pretensión de poder entender mejor lo complejo de la formación de organizaciones y movimientos sociales, y de poder ofrecer una explicación sobre los cambios, tanto sobre los visibles y prometedores, como también sobre los lentos que son también parte de la gestión y del universo de organizaciones y movimientos sociales. Con esta aproximación se puede superar el contraste entre la dimensión de la auto-ayuda y la dimensión de la demanda política y, se puede investigar con mayor precisión la influencia mutua. Así se podrán superar los contrastes entre lo político y lo sociocultural y entre el Estado y la sociedad civil, aclarando su entrecruzamiento.

Algunas tendencias en la más reciente investigación de organizaciones y movimientos sociales reflejan esta búsqueda por accesos más diferenciados y complejos. En primer lugar, se distingue la tendencia que toma en cuenta la constelación multidimensional de factores que influyen (y de por sí nunca exclusivamente producen) en la emergencia y en el desarrollo de organizaciones y movimientos sociales. Hoy en día, constantemente se toma en cuenta tanto los facto-

res estructurales² como los coyunturales, los factores-relacionados: políticos, culturales y económicos, en lugar de asumir un solo factor como responsable del surgimiento de la acción colectiva.

Una segunda tendencia afirma que es necesario ser menos 'religioso' al pronosticar los resultados y los efectos de la acción de los movimientos sociales. Si bien es cierto que, efectivamente, los nuevos movimientos sociales representan un 'nuevo actor' en la arena sociopolítica de las sociedades latinoamericanas, también lo es el hecho de que no van a constituir un nuevo peso decisivo en el equilibrio de las fuerzas sociopolíticas, ni constituyen de por sí un nuevo modelo democrático, ni representan la 'maduración' de la sociedad civil latinoamericana.

La tercera tendencia consiste en la vinculación mucho más reflexiva entre los nuevos movimientos sociales y temas como: democratización, ciudadanía (Roberts 1995: 184 y seg.), relaciones de género, políticas neoliberales y globalización, en lugar de considerar los movimientos como un universo temático en sí.

Por lo tanto, propongo que, en términos de conceptualizaciones, se tiene que partir de que no hay lógicas históricas ni 'acumulación histórica' en las vicisitudes de organizaciones y movimientos sociales urbanos. Su razón de ser no está en marcos predefinidos sobre cambios socio-históricos. Para entender su 'esencia', se tiene que escuchar las voces de los que constituyen tales fenómenos y se tiene que situar sus experiencias en un contexto complejo de condiciones estructurales, de intervenciones, tanto del Estado como de muchos actores de la sociedad civil, así como es necesario prestar atención a las trayectorias de los sujetos que se involucran porque éstas influyen en sus aspiraciones, sueños y sabidurías sobre las cosas que se encuentran, para ellos, 'fuera de su alcance'.

A más de incluir dimensiones estructurales e interaccionales, se requiere investigar más a fondo el rol de la cultura, como un elemento necesario para entender motivaciones, aspiraciones, memorias e incluso rechazos en torno a organizaciones barriales; para precisar los cambios sustanciales pero no directamente 'capitalizables' en el nivel político y, por otro lado, para entender porqué los cambios que ya parecieron consumados e irreversiblemente logrados, al final no se consolidan (Archer 1996).

² Roberts (1995: 197-201) por ejemplo elabora los factores a nivel macro que influyeron en la creciente importancia que tiene 'ciudadanía' en el marco de movilizaciones sociales hoy en día en América Latina. Según él, perdió peso la posibilidad del Estado de responder a reivindicaciones por medio de 'obras enfocadas', lo que estimuló una orientación más individual; además surgió un nuevo énfasis en eficiencia en la gestión estatal y en su tarea de proteger derechos individuales, en un contexto de 'neo-liberalización'. También el desarrollo de un aparato sofisticado de medios de comunicación de masas y la proliferación de ONGs jugaron, de acuerdo a Roberts, un papel.

Finalmente, es preciso 'desagregar' los componentes: tanto el Estado, como los participantes en organizaciones son heterogéneos y se requiere integrar esta heterogeneidad en el análisis. El Estado no es 'un bloque', está constituido por un sinnúmero de sub-instituciones, dependencias y funcionarios que asumen comportamientos variados con respecto a los desafíos de parte de organizaciones y movimientos sociales. También existe heterogeneidad entre los distintos actores de los barrios o del grupo social que moviliza; hay diferencias en términos de generación, de género, de historias de los distintos barrios, de religión, etcétera, lo que produce distintas actitudes frente a la opción de acción colectiva. Además, hay una dimensión de heterogeneidad que va aún más allá: la propia 'constelación' de los actores suele ser tanto sintetizante como también 'centrífuga': los sujetos unen elementos no-coherentes (Villasante 1994: 37) hasta contradictorios y combinan procesos de formación y cambio de distintos 'ritmos' y 'velocidades'.

Bibliografía

- Archer, Margaret
 1996 *Culture and Agency. The Place of Culture in Social Theory* (Revised Edition), Cambridge University Press.
- Borja, J.
 1975 *Movimientos Sociales Urbanos*, Buenos Aires: Ediciones SIAP-Planetos.
- Burbano, Felipe
 1997 La sociedad civil entre la promesa y el engaño, en: *Íconos* 1(2), Quito, pp 40-48.
- Cardoso, Ruth
 1983 Movimentos Sociais Urbanos: Balanço Crítico, in: Sorj, B. & M.H.T. de Almeida (eds): *Sociedade e Política no Brasil pós 64*, São Paulo: Brasiliense.
- Cardoso, Fernando Enrique
 1981 Regime político e mudança social, en: *Revista de Cultura e Política*, 1981: 3.
- Castells, Manuel
 1974 La cuestión urbana, Madrid: Siglo XXI (*The Urban Question*, London: Edward Arnold Publishers, 1977).
- Castells, Manuel
 1983 *The City and the Grassroots*, London: Edward Arnold Publishers.
- Castells, Manuel
 1985 Cambio Político versus Cambio Social - Entrevista, en: *David y Goliath* 48, pp 2-11.
- Cohen, Jean
 1985 Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements, in: *Social Science Research* 52(4), (Winter).
- Cohen, Jean L. & Andrew Arato
 1992 Social Movements and Civil Society, in: Jean L. Cohen & Andrew Arato: *Civil Society and Political Theory*, Massachusetts Institute of Technology, pp 492-563.
- Eder, Klaus
 1985 The New Social Movements: Moral Crusades, Political Pressure Groups, or Social Movements?, in: *Social Research* 52(4).
- Escobar, Arturo
 1992 Culture, Practice and Politics; Anthropology and the Study of Social Movements, in: *Critique of Anthropology* 12(4), pp 395-432.

Evers, Tilman

- 1985 Identity: The Hidden Side of New Social Movements in Latin America, in: David Slater (ed): *New Social Movements and the State in Latin America*, Amsterdam, CEDLA.

Foweraker, Joe

- 1995 *Theorizing Social Movements*, London: Pluto Press.

Friedman, John

- 1989 The Latin American Barrio Movement as a Social Movement: Contribution to a Debate, en: *International Journal of Urban and Regional Research* (13), pp 501-510.

León, Jorge

- 1997 Entre la propuesta y el corporatismo: movimientos sociales sin causa y con interés, en *Iconos* (1)2, mayo/julio, pp 29-39.

Lojkin, J.

- 1981 *O Estado Capitalista en a Cuestão Urbana*, São Paulo: Martins Fontes.

McAdam, Doug, John D. McCarthy & Mayer N. Zald

- 1988 Social Movements, in: N.J. Smelser (ed): *Handbook of Sociology*, Newbury Park: Sage.

McAdam, Doug

- 1996 Conceptual Origins, Current Problems, Future Directions, en: Mac Adam, Doug, John McCarthy & Mayer Zald (eds): *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures and Cultural Framings*, Cambridge: Cambridge University Press.

Melucci, Alberto

- 1985 The Symbolic Challenge of Contemporary Movements, in: *Social Research* 52(4).

Offe, Claus

- 1985 New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics, in: *Social Research* 52(4).

Roberts, Bryan R.

- 1995 *The Making of Citizens; Cities of Peasants Revisited*, London: Arnold Publishers.

Salman, Ton

- 1990 Between Orthodoxy and Euphoria, in: Willem Assies, Gerrit Burgwal, Ton Salman: *Structures of Power, Movements of Resistance: An Introduction to the Theories of Urban Movements in Latin America*, Amsterdam, CEDLA, pp 99-161.

Tilly, Charles

1985 Models and Realities of Popular Collective Action, in: *Social Research* 52(4).

Tironi, Eugenio

1987 Pobladores e integración social, en *Proposiciones* 14, agosto, pp 64-84.

Vélez Ibañez, Carlos

1991 *Rituals of Marginality - Politics, Process, and Cultural Change in Central Urban Mexico, 1969-1974*, Berkeley/Los Angeles/Oxford: University of California Press.

Villasante, Tomás R.

1994 Clientelas y emancipaciones: una introducción metodológica, en: Tomás R. Villasante (coordinador): *Las ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, pp 25-47.